

LEV TOLSTÓI

DESPUÉS DEL BAILE

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Много ли человеку земли нужно?,
После бала, Три смерти*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2016 by Selma Ancira Berny
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, copa de vino grabada (1851-1855),
de George Bacchus e hijos

ISBN: 978-84-16011-80-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 4523-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

DESPUES DEL BAILE

7

TRES MUERTES

29

¿CUÁNTA TIERRA
NECESITA UN HOMBRE?

59

—Ustedes dicen que el hombre es incapaz de entender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que todo depende del medio, que el medio lo pierde. Pero yo pienso que todo depende del azar. Les voy a hablar de mí.

Eso fue lo que dijo el por todos respetado Iván Vasílievich tras la conversación que habíamos tenido a propósito de que para el perfeccionamiento personal es imprescindible, sobre todo, cambiar las condiciones en las que vive la gente. En realidad nadie había dicho que uno fuese incapaz de entender lo que está bien y lo que está mal, pero ésa era la manera que tenía Iván Vasílievich de responder a los pensamientos que en él habían surgido a raíz de la conversación, y que aprovechaba para relatar episodios de su propia vida. Con frecuencia se entusiasmaba tanto con su relato que acababa olvidando qué lo había suscitado, máxime que contaba las cosas con gran franqueza y veracidad.

Así fue también esta vez.

—Voy a hablarles de mí. Si mi vida tomó el curso que tomó y no otro, no fue por el medio, sino por algo totalmente distinto.

—¿Por qué?—le preguntamos nosotros.

—Es una larga historia. Para entenderla, tendría que contarles muchas cosas.

—Pues cuéntenoslas.

Iván Vasílievich se quedó pensativo, movió la cabeza.

—Sí—dijo—. Mi vida entera dio un vuelco debido a una noche, o más bien, a una madrugada.

—Pero ¿qué ocurrió?

—Ocurrió que estaba yo muy enamorado. Me enamoraba con frecuencia, pero éste era mi amor más grande. Asunto pasado; ella tiene ya hijas casadas. Hablo de B., sí, de Várienka B. —Iván Vasílievich mencionó el apellido—. Aun a los cincuenta años era de una belleza maravillosa. Pero en la juventud, a los dieciocho, era encantadora: alta, espigada, graciosa y sublime, precisamente sublime. Se mantenía siempre extraordinariamente erguida, como si no pudiera hacerlo de otra manera, echando un poco hacia atrás la cabeza, y eso le daba, con su belleza y su alta estatura, pese a su delgadez, es más, a su flacura excesiva, un aspecto majestuoso que podría haber

intimidado, si no hubiera sido por la sonrisa dulce y siempre alegre de sus labios, y sus preciosos ojos llenos de brillo, y todo su ser joven, lleno de gracia.

—¡Qué manera de narrar, Iván Vasílievich!

—Narre como narre, es imposible hacerlo de forma que ustedes entiendan cómo era. Pero no se trata de eso: lo que les quiero contar ocurrió por los años cuarenta. En aquel entonces era yo estudiante en una universidad de provincia. No sé si era bueno o malo pero, en aquel entonces, en nuestra universidad no teníamos ningún tipo de círculos, ni de teorías, éramos simplemente jóvenes y vivíamos como es propio de la juventud: estudiábamos y nos divertíamos. Yo era un muchacho alegre y espabilado, y además rico. Tenía un caballo intrépido, bajaba por las pendientes en trineo acompañado de damiselas (los patines no estaban aún de moda), parrandeaba con los amigos (en aquel entonces no bebíamos nada que no fuera champaña; si no había dinero, no bebíamos, pero ni hablar de beber vodka como ahora). Mi mayor diversión eran las veladas y los bailes. Bailaba yo bien y no estaba de mal ver.

—Déjese de modestias—lo interrumpió una de las oyentes—. Conocemos el daguerrotipo

con su retrato. No sólo no estaba de mal ver, era usted un galán.

—Digamos que sí, que era un galán, pero no es ese el punto. El punto es que en el momento más intenso de mi amor por ella asistí, el último día de Carnaval, a un baile en la residencia del jefe de la nobleza de la provincia, un anciano de buen corazón, ricachón, hospitalario, chambelán de la corte. Su mujer, de tan buen corazón como él, recibía a los invitados ataviada con un vestido de terciopelo pardo, una *ferronière* de brillantes en la cabeza y el pecho y los envejecidos, arrugados y níveos hombros al descubierto como los retratos de Elizabeta Petrovna, hija de Pedro el Grande. El baile fue maravilloso: el salón era magnífico, hubo coros y músicos; los entonces famosos siervos de un terrateniente aficionado; el banquete fue espléndido y se sirvió un mar de champaña. Aunque amante de la champaña, no bebí, porque aun sin alcohol me hallaba ebrio de amor, pero en cambio bailé hasta caer desfallecido. Bailé cuadrillas, valeses, polcas y, tanto como me fue posible, por supuesto con Várienka. Ella llevaba un vestido blanco con un cinturón rosado y guantes blancos de cabritilla que casi le llegaban hasta los delgados y agudos codos, y za-

patos de raso blancos. La mazurca me la arrebataron: un antipatiquísimo ingeniero de nombre Anísimov—aún no puedo perdonárselo—la invitó apenas la vio entrar, mientras yo había ido a la peluquería y por mis guantes, y llegué tarde. De modo que la mazurca no la bailé con ella, sino con una alemanita a la que había cortejado. Pero temo haber sido hartamente descortés con ella aquella noche, no le hablé, no la miré, únicamente veía la silueta alta y espigada de vestido blanco y cinturón color de rosa, el rostro resplandeciente, sonrosado, con hoyuelos en las mejillas y ojos dulces y graciosos. No sólo yo, todos la contemplaban y la admiraban. La admiraban los hombres y también las mujeres pese a que ella las eclipsaba a todas. Era imposible no admirarla.

Debido a las reglas, digámoslo así, no bailé con ella la mazurca, pero en realidad casi todo el tiempo bailé con ella. Ella, sin inmutarse, cruzaba la sala en dirección a mí y yo, sin esperar a ser invitado, me levantaba de un salto, ella agradecía mi sagacidad con una sonrisa. Cuando nos llevaban hasta ella y no adivinaba mi cualidad,¹ en el

¹ Cada caballero escribía en un papelito una cualidad, por ejemplo, el orgullo. La dama, al azar, elegía un pape-

momento de no poner su mano sobre la mía, alzaba sus delgados hombros y, para demostrarme su contrariedad e intentar consolarme, me sonreía. Durante las figuras valseadas de la mazurca, valsaba yo mucho con ella, y ella, respirando aceleradamente, me sonreía y me decía: «*Encore*».

Y yo valsaba más y más y no sentía mi cuerpo.

—¡Cómo es posible que no lo sintiera!, yo creo que lo sentía muy bien cuando la rodeaba por el talle, y no sólo su cuerpo, el de ella también—dijo uno de los convidados.

Iván Vasílievich se sonrojó y, enojado, casi gritó:

—Eso es lo que son ustedes, la juventud de hoy. No ven nada más que el cuerpo. En nuestra época no era así. Cuanto más enamorado estaba yo, más incorpórea se volvía ella para mí. Ustedes ahora ven los pies, los tobillos y algo más; ustedes desvisten a las mujeres de las que están enamorados, para mí en cambio, como decía Alphonse Karr (un buen escritor) el objeto de mi amor llevaba puesto un atuendo de bronce. No digamos desvestirlas, intentábamos incluso cu-

lito y bailaba con el caballero al que correspondiera esa cualidad. (*Todas las notas son de la traductora*).

brir su desnudez, como el buen hijo de Noé. Pero es inútil, ustedes no podrán entenderlo...

—No le haga caso. ¿Qué pasó después?—preguntó uno de nosotros.

—Sí. Estábamos en que bailé sobre todo con ella y no me di cuenta de cómo transcurrió el tiempo. Los músicos, con cierto desánimo debido al cansancio, como ocurre al final de los bailes, tocaban una y otra vez la melodía de una misma mazurca; en los salones, los padres ya se habían levantado de las mesas de juego en espera de la cena, los lacayos aparecían cada vez con mayor frecuencia trayendo alguna cosa. Eran más de las dos. No podía desperdiciar los últimos minutos. La elegí de nuevo, y por centésima vez nos deslizamos a lo largo del salón.

—Después de la cena, ¿la cuadrilla es mía?—le dije acompañándola hasta su lugar.

—Por supuesto, si no me obligan a irme—comentó con una sonrisa.

—No lo permitiré—dije.

—Déme mi abanico—dijo ella.

—Me appena devolvérselo—dije tendiéndole su abanico blanco y no muy caro.

—Tenga, para que no se apene—dijo arrancando una pluma a su abanico y dándomela.